

## DE CATACLYSMO SERMO AD CATECÚMENOS. (C,G,S)\*

### CAPÍTULO PRIMERO.

1. A los bautizados les queda el trabajo y la lucha contra los vicios. Dado que está próximo el día de vuestra redención, recibid, amadísimos, aquello que os instruya, y que nutra, eleve y fortalezca vuestros corazones hacia el temor de Dios: que este fervor de tan grande amor no se enfríe en vuestros corazones. Que nadie piense que ser cristiano es solo renacer del agua y del espíritu a través de estos misterios, y luego entregarse a diversas voluptuosidades; y que, al sentirse seguro por haber protegido su alma con el sacramento del Bautismo, no la guarde contra las astucias del enemigo. Más bien, que él mismo, en la medida de lo posible, la guarde y pida que sea guardada, para que no perezca en las tempestades y tormentas de este mundo. Alguien ha sido bautizado, su nave ha sido restaurada, ungida, velada, lanzada al mar; necesita un timón hasta llegar al puerto deseado. El mar, es decir, este siglo, no solo es peligroso por las tempestades y escollos, sino también está lleno de bestias que acechan con sus deseos. Con toda solicitud, cuidado e industria, los marineros ya deben estar despiertos: que Cristo sea invocado frecuentemente como el piloto, para que él mismo conduzca la nave, rescatada de tantos peligros, al puerto de la seguridad. Has sido bautizado, has sido marcado con el sello real, has comenzado a recibir el sustento de la mesa de tu Rey. No seas desertor, ni como un soldado delicado te disuelvas en placeres, y el enemigo diablo te encuentre desarmado y disuelto: sino que, como un soldado fuerte, haz todo lo que puedas en esta batalla, para que tu virtud, Cristo, no solo te proteja, sino que también otros avancen hacia la salvación. Pide a tu Rey armas espirituales. Se te declara una guerra, dice, en la que brilles luchando, para que llegues a la paz plena triunfando. No lucharás contra uno solo; muchos enemigos saldrán contra ti: lucharás contra los vicios, y, como dice el bienaventurado mártir Cipriano, si derrotas la avaricia, surgirá la lujuria; y si superas la lujuria, sucederá la ambición; y si la ambición ha sido vencida por ti, la ira, los celos, la emulación, la envidia, la soberbia, la embriaguez, con sus demás compañeros pestilentes, formarán un campamento para luchar contra ti (Cip. en el libro de la Mortalidad).

### CAPÍTULO II.

2. Sobre las ayudas del soldado cristiano. Pero no temas, tienes qué hacer. Invoca al Señor de las virtudes, que te vista de poder desde lo alto, para que puedas pronunciar esta voz: Si un ejército acampa contra mí, no temerá mi corazón; y si se levanta guerra contra mí, en él confiaré (Salmo XXVI, 3). En él, ¿en quién, sino en el Señor de las virtudes, que espera a su soldado luchando, para ayudarlo en su esfuerzo? Has sido bautizado, purificado, ungido con aceite, tu cuerpo ha sido restaurado al estado anterior de aquel primer hombre antes del pecado; no te sientas luego mal seguro. Eres llevado al combate, lucharás contra el diablo, príncipe de los vicios, en la arena de este mundo: ambas partes, la de Cristo y la del diablo, una multitud infinita de gente te espera luchando; y observa a toda la multitud pendiente con gran atención para ver quién vencerá. Que no triunfe sobre ti la parte del diablo. Si quieres vencer, no confíes en ti mismo: sino asigna la gloria de la victoria a aquel que te concede llevar la palma de la victoria. ¿Quieres vencer? Primero aplasta la cabeza del enemigo, excluyendo de tu corazón las sugerencias del diablo. ¿Quieres vencer? Que tus manos se encuentren fuertes en la buena obra. ¿Quieres vencer? Fija tus pies, que no vacilen tus pasos frecuentando espectáculos y abandonando la iglesia. Pero para que puedas cumplir esta victoria en tan gran combate y tan grande lucha, que el Señor te envíe ayuda desde el santuario, y desde Sion te proteja (Salmo XIX, 3).

### CAPÍTULO III.

3. La virtud del agua en el Bautismo. Efecto del Bautismo prefigurado, donde Cristo caminó sobre las aguas. Otra figura del Bautismo en la liberación del pueblo por el mar Rojo. He aquí, amadísimos, que vais a llegar a la fuente de agua; no digáis en vuestros corazones: ¿Es esto todo lo que deseábamos con tanto anhelo? Esta fuente visible es una semejanza de la fuente eterna. Renaceréis del agua y del Espíritu. Esa agua no solo limpia las suciedades del cuerpo, sino que libera el alma de los pecados. Debéis saber, además, por qué la virtud de esa agua beneficia tanto al alma como al cuerpo. No toda agua limpia: esta se santifica por la consagración de la palabra. Quita la palabra, y ¿qué es el agua, sino agua? La palabra se une al elemento, y se convierte en Sacramento. La virtud de la Palabra nos purificó a través del agua, porque caminó sobre las aguas. Para liberaros de la tempestad de este siglo, ved el poder de la Palabra de Dios, cómo domina toda su creación. Lo que voy a decir lo sabéis. En el Evangelio se lee: Cuando en la cuarta vigilia de la noche el Señor Jesús vino a sus discípulos, caminando sobre las aguas del mar, y los encontró pescando, a quienes ya había hecho pescadores de hombres, los discípulos aterrados pensaron que veían un fantasma. Pero Jesús se acercó y les dijo: No temáis, soy yo. Entonces uno de ellos, Pedro, aquel presuntuoso y luego negador, pero después confesor y amante: Si eres tú, Señor, ordena que yo vaya a ti sobre las aguas. Y el Señor dijo: Ven. Pedro descendió y comenzó a caminar sobre el mar lleno de confianza. Mientras caminaba, la debilidad tembló, pero de inmediato la divinidad acudió en su ayuda. Comenzó a hundirse; y exclamó, Señor, me pierdo. El Señor extendió su mano, levantó al que se hundía, confirmó al que dudaba, y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? (Mateo XIV, 25-31). Veis, amadísimos, cuánto ayuda la fe, y cuánto deprime la infidelidad. Porque si alguien viene a las aguas del Bautismo lleno de fe, es elevado: si alguien es infiel, se hunde. Pero que el Señor extienda su mano también a los infieles que se hunden, y obre la plena fe en sus corazones.

4. Escuchad aún, qué operará en vosotros el Sacramento del agua. Propondré una figura, para que de ella os resplandezca la verdad. Cuando los egipcios oprimían al pueblo hebreo con duros trabajos, se elevó el clamor del pueblo a los oídos de Dios; y suplicaron que los liberara del dominio de la peor nación. Fue enviado Moisés, para que los sacara de la servidumbre de Egipto. Ante el faraón, príncipe de los egipcios, el fiel siervo de Dios alega la orden de su Emperador, y le insinúa al rey más duro lo que el Rey de todas las naciones ha mandado. El faraón endurece su corazón, y dice que no conoce a Dios: y rechazando a sus ministros, aflige al pueblo con penas más graves. Del mayor sufrimiento del pueblo surge un clamor mayor. El siervo de Dios Moisés emprende la lucha, se enfrenta al faraón, sin ninguna arma visible, sino armado con el poder divino: se infligen diez plagas en Egipto, y la ira vengadora se levanta contra el pueblo obstinado, para que con los más pequeños animales, gusanos, ranas y langostas, caiga el cuello de los soberbios: en estas plagas, la última fue la muerte de todos los primogénitos de los egipcios, para que perdieran justamente a los suyos, quienes injustamente retenían a los ajenos. El faraón deja ir al pueblo, no por voluntad, sino constreñido por una gran necesidad. El pueblo rescatado se dirige al mar Rojo apresurándose, para que a través de las aguas se salvaran los que eran liberados del peor enemigo. Los egipcios los siguen, amenazan al pueblo que huye. Los israelitas ven a sus enemigos sobre ellos, y esperan la espada de sus enemigos. La muerte en los ojos, el miedo y el temblor en las manos de cada uno, para no caer en las fauces de los perseguidores. Se levanta Moisés, el siervo de Dios, portando la vara que había recibido del Señor, y con la cual ya había hecho muchas señales: golpeó el mar, y se dividió. ¿Dónde está aquel poder, no de los dioses, sino de los demonios? ¿Dónde está la vana superstición de los paganos? ¿Acaso para que el mar se dividiera, fue invocado aquel Neptuno, a quien quieren que sea el rey del mar, quienes no quieren reconocer al verdadero rey como su Dios? Moisés, extendiendo la mano, golpea las

aguas con la vara, y de inmediato la ola se amontona, y la onda, reprimida en sí misma, se curva: el líquido recibe solidez, y el suelo del mar se seca en polvo. Unos entraron para ser salvados, otros para ser condenados. Un solo elemento de las aguas, por mandato del creador de toda la creación, juzgó a ambos: separó a los piadosos de los impíos; a aquellos los lavó, a estos los sepultó; a aquellos los purificó, a estos los mató (Éxodo I-XIV). Moisés tuvo la figura del Señor Cristo, ya que fue el guía del pueblo. En la vara reconoced la cruz. Reconoced en el mar Rojo el bautismo teñido con la sangre de Cristo: al rey de Egipto y su pueblo, al autor de los pecados, el diablo con todos sus ministros. El diablo se enfurece cuando nos ve liberados de su opresión a través del agua del Bautismo. Clamad a vuestro Moisés, el Señor Cristo, y que la vara de la cruz golpee el mar del Bautismo, que el agua regrese y cubra a los egipcios; para que así como no quedó ninguno de los egipcios, no quede nada de vuestros pecados. Que todo lo purifique quien todo lo hizo; que repare lo perdido quien creó todo íntegro: que extinga al faraón, el diablo, autor de la muerte, y libere a su pueblo a través del agua salvadora.

#### CAPÍTULO IV.

5. Sobre los misterios del cordero pascual. Habéis escuchado, amadísimos, cómo esas figuras han pasado a la apariencia de la verdad: queda por saber cómo celebró la pascua el pueblo liberado de Egipto, bautizado, como dice el Apóstol, en la nube y en el mar Rojo (I Cor. X, 1). Recibieron el mandato del Señor a través de Moisés, para que en la matanza del cordero celebraran la pascua, de cuya sangre cada uno untara los postes de su casa, y no temieran al ángel destructor, quienes tuvieran la señal de la sangre del cordero inmolado en el dintel de su casa. No romperéis ningún hueso de él, ni dejaréis nada hasta la mañana. Con hierbas amargas y panes ázimos comeréis el cordero (Éxodo XII). Los hijos de Israel hicieron lo que se les mandó. Muestra también tú, Israel espiritual, hijo de Abraham según la fe, no según la carne, muestra también tú cómo celebras la pascua: tienes al cordero inmolado, muéstralo. He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo (Juan I, 29). Unta con su sangre los postes de tu casa: muestra y di, He aquí la cruz de la sangre de Cristo en nuestras frentes de pudor. Di con Pablo, Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gálatas VI, 14). No romperéis ningún hueso de él, se dijo: esto se cumplió en la misma pasión del Señor, en la inmolación del santo Cordero, cuando crucificado con dos ladrones colgaba en medio, la misma suma justicia liberando a uno que confesaba, castigando al otro que blasfemaba (Lucas XXIII, 39-43). Así se hicieron tres cruces, tres causas. Uno de los ladrones insultaba a Cristo, el otro confesando sus méritos se encomendaba a la misericordia de Cristo: la cruz de Cristo en medio, no fue suplicio, sino tribunal. Tan pronto como cumplió todo lo que estaba escrito sobre él, habiendo recibido hiel y vinagre, por aquello que estaba predicho, Me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre (Salmo LXVIII, 22); inclinando la cabeza entregó el espíritu. Vinieron los soldados, rompieron las piernas de los ladrones que colgaban en la cruz: pero cuando llegaron a Jesús, no rompieron sus piernas; para que se cumpliera, dice el Evangelista, lo que está escrito, No romperéis ningún hueso de él (Juan XIX, 28, 36). Pero uno de los soldados abrió su costado, y al instante salió sangre y agua, que son los dos Sacramentos de la madre Iglesia. El perseguidor golpeó el costado con la lanza, y el Redentor derramó el precio. Esta sangre embriaga la mente, para que olvide el amor del mundo. Esta agua purifica el alma, para que el cuerpo carezca de las suciedades del diablo. No dejaréis nada de él hasta la mañana. Esto se hace ahora: el cordero se come durante la noche de este siglo, para que cuando llegue aquella mañana que no tendrá ocaso, ya no se ofrezca el sacrificio de la imagen del cordero, sino que al mismo Cordero que comemos cada día, y cuya sangre bebemos, lo encontremos allí como sacerdote perfecto, a quien aquí por nuestra salvación consta que fue inmolado. ¿Qué son

estas hierbas amargas, hierbas de amargura, que come el Israel espiritual; sino aquella voz amarga por un tiempo emitida por los santos mártires a través del santo David, y diciendo, Nos alimentarán con pan de lágrimas, y nos darás a beber en lágrimas, en medida (Salmo LXXIX, 6); y por el apóstol Pablo, En todo sufrimos tribulación, pero no nos angustiamos (II Cor. IV, 8)? Muestra también los ázimos, santo Pablo, hecho espiritual del Israel carnal. Celebraste la pascua con el pueblo antiguo, y cómo el nuevo pueblo convertiría las figuras en verdad, tú enseñaste, tú mostraste. Muestra, pues, los ázimos, la nueva mezcla. No en el viejo fermento, ni en el fermento de malicia y maldad, sino en los ázimos de sinceridad y verdad (I Cor. V, 8).

## CAPÍTULO V.

6. La vara de Moisés devorando las serpientes de los magos, figura de la cruz de Cristo cuya virtud destruye las herejías. Los donatistas derrotados, maximianistas, maniqueos, pelagianos, arrianos refutados. Oh cordero inmolado, oh Cristo santo crucificado por nosotros, que para reparar lo caído colgaste en la cruz: esa es la vara de tu reino, la misma cruz, digo, en la que la virtud se perfecciona en la debilidad; esa misma vara cruz, esa misma vara que floreció de la raíz de Jesé; esa misma vara que portaba Moisés, que convertida en serpiente devoró las serpientes de los magos: la doctrina de Cristo difundida por todas las naciones, superando a los herejes dementes. Porque en aquel pueblo, hermanos, en el que Moisés hacía muchos milagros con la vara, surgieron los magos del faraón, haciendo también ellos prodigios contra el siervo de Dios Moisés. Pero fueron permitidos hacer ciertos milagros, para que fueran vencidos de manera más maravillosa. ¿Qué otra cosa significaban los magos del faraón, sino todos los herejes ministros del diablo, que bajo el nombre de Cristo desean devorar al pueblo de Cristo? Ahora abundan las herejías en esta tierra, como las serpientes de los magos, que devoró y devora aquella serpiente exaltada en el madero. Pero como no es tiempo de ir por muchos, que se aplasten las cabezas de cada uno: como surgen, así sean devorados. Aquí estuvo, como sabéis, amadísimos, la doctrina viperina de los donatistas: fue aplastada, consumida. Pronto la fraudulenta serpiente de los maximianistas brotó: fue aplastada, consumida. El veneno de los maniqueos se había infiltrado como áspid: fue aplastado, consumido; el nuevo dogma de los pelagianos, excitado por los ministros del diablo como por los magos del faraón, desafió a nuestra serpiente: es aplastado, consumido.

7. Después de haber destruido, dispersado y consumido tantas cabezas de serpientes con la doctrina católica, he aquí que un antiguo dragón arriano, ya muerto, nos desafía: levanta la cabeza, como si intentara mostrarse vivo, aunque se sabe que ya fue derrotado. Regresa, nuestro Moisés; regresa, vara; regresa, serpiente, Cristo santo, que tienes el mismo poder que el Padre: regresa, aplasta las cabezas de los dragones sobre las aguas; rompe la cabeza del gran dragón, que se proclama vivo, pero que no tiene la verdadera vida. Di tú quién eres, ya que él enseña algo diferente de lo que eres. Di, di, escuchemos para que podamos convencer a los herejes. Escuchen lo que dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí (Juan XIV, 6). Según la humanidad, el camino; según la divinidad, la verdad y la vida. Pero tú, hereje arriano, que quieres que la vida y la verdad sean menores en la divinidad, resulta que no vienes al Padre por él. Pero aún, Señor Jesús, aplasta la cabeza del dragón, di quién eres con el Padre: escuchemos tu enseñanza, no la blasfemia del hereje; di quién eres con el Padre. Yo, dice, y el Padre somos uno (Juan X, 30). Di aún, Yo en el Padre, y el Padre en mí está. Aún di, Quien me ha visto, ha visto al Padre (Juan XIV, 10, 9). ¿Crees ya, hereje, en tan grande autoridad? ¿O no aceptas su testimonio sobre sí mismo, sino que buscas otros testigos sobre él? He aquí que se presentan, hablan contra ti, eres convencido, refutado, y atrapado en las redes de la ley. Di, testigo de Dios, Pablo, que hasta

la sangre llegaste por este testimonio, y para no sucumbir a la falsa doctrina, diste tu vida. Di: que escuche quien teme ser convencido; que sea convencido quien ni convencido cambia. Cada uno de vosotros, dice, tenga en vosotros el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús, quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filip. II, 5, 6). Oyes que es igual, oyes la forma de Dios: ¡y tú te atreves a decir que el Hijo de Dios es menor! Que venga otro testigo, para que en dos o tres se confirme la equidad de la verdad. Di tú también, santo Pedro, qué te fue revelado: no carne y sangre, sino el Padre celestial. Tú eres, dice, el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mat. XVI, 16, 7). Y en su segunda Epístola a los Gentiles: Os hacemos saber, dice, el poder, la presciencia y la grandeza de nuestro Señor Jesucristo. Oyes el poder, oyes la grandeza, oyes la presciencia. ¿En qué, hereje, dices que Cristo es menor? Pero escucha aún lo que este testigo dice contra ti sobre el Hijo y el Espíritu Santo. No por voluntad humana fue traída la profecía, dice, sino que los hombres de Dios hablaron movidos por el Espíritu Santo. Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros maestros mentirosos, que introducirán sectas de perdición, y negarán al Señor que los compró (II Pedro I, 16, 21, y II, 1). Ves que eres demostrado y convencido con testimonios válidos. Niegan, dice, al Señor que los compró. ¿A quién niegas como Señor, sino al Hijo que dices que es menor? ¿Y quién es el que nos compró, sino el que nos redimió con su sangre? Pero que entre también un tercer testigo, para que tres den un solo verdadero testimonio a la única Trinidad y a la triple divinidad. Di tú, santo Juan, que te recostabas sobre el pecho del Salvador, y veías las maravillas celestiales del Verbo del Señor: di tú también, digo, qué conoces del Hijo de Dios. En el principio, dice, era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1): y en su epístola, Sabemos, dice, que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para que conozcamos lo que es verdadero, y estemos en su verdadero Hijo: este es el verdadero Dios y la vida eterna (I Juan V, 20). Pero tú, al decir que el Hijo, que es el verdadero Dios, es menor, no tienes vida eterna. Pero para refutar la obstinación perversa de la herejía, para devorarte, serpiente hecha mágicamente, no acogida por la verdad, que el mismo Padre dé testimonio del Hijo: para que no busques más, no creas más. Por el Profeta: Contigo, dice, el principio en el día de tu poder. Principio el Padre, principio el Hijo: por lo tanto, el Padre y el Hijo son principio sin ningún principio. Contigo el principio en el día de tu poder, en los esplendores de los santos te engendré desde el seno (Sal. CIX, 3): como si dijera, para que los santos sean iluminados, procediste de mí. No hubo, amadísimos, otra causa por la cual los mismos nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo parecieran separados, sino para que los hombres santos fueran instruidos. Sin embargo, lo que fue dicho a Moisés por la misma sustancia de la Trinidad, Yo soy el que soy; y, Así dirás, El que es, me envió (Éxodo III, 14). Por lo tanto, el Hijo fue engendrado desde el seno en los esplendores de los santos. Pero para que no tomes esta generación de manera carnal o temporal, escucha cómo lo engendró. Mi corazón ha pronunciado el Verbo (Sal. XLIV, 2). Juan el testigo dice: En el principio era el Verbo. Dios Padre dice: Mi corazón ha pronunciado el Verbo. Habacuc dice: El Verbo caminó (Habac. III, 5, según LXX). Oyes que el Verbo es Dios, y que está en el principio con Dios, y que el Verbo es Dios. La voz de los testimonios, y la unidad de la misma Trinidad clama contra ti por todo el mundo: y tú, como un perro rabioso, ladras contra todo el mundo. Pero escucha aún de dónde serás más plenamente convencido de que la Trinidad es un solo Dios. La voz del Padre es por el Profeta al Hijo: En los esplendores de los santos te engendré desde el seno. La voz del Padre es al profeta Isaías sobre el Espíritu Santo: El Espíritu Santo, dice, saldrá de mí. Y la voz del Hijo es en el Evangelio mostrando que el Padre está en él, y él en el Padre, donde dice: El Padre que mora en mí, él hace las obras (Juan XIV, 10). La voz del Hijo es sobre el Espíritu Santo, mostrando que así como procede del Padre, también de él mismo, donde dice a sus discípulos después de la resurrección: Recibid el Espíritu Santo. Y sopló en ellos, dice el Evangelista, dando el Espíritu Santo, y diciendo: A quienes perdonéis

los pecados, les serán perdonados (Juan XX, 22, 23). De donde también es aquello del apóstol Pablo: Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él (Rom. VIII, 9). Si, por lo tanto, el Hijo está en el Padre y del Padre, el Espíritu Santo está también en el Hijo y el Padre; no está separada la Trinidad, donde hay perfecta unidad. Que el arriano se retire confuso y culpable, porque la Trinidad es un solo Dios.

## CAPÍTULO VI.

8. Prosigue con los misterios de la vara y la cruz de Cristo. Ejemplos de los santos propuestos a toda la humanidad. Pero, ¿cuándo, perversa herejía, mis palabras te serán útiles, siendo como una áspid sorda, tapando tus oídos para no escuchar la voz de los encantadores? Sin embargo, debes saber que serás devorada por la serpiente, cuando aquel pastor lleve a su redil las ovejas que tienes cautivas, para que haya un solo rebaño y un solo pastor. Aquel es nuestro pastor, amadísimos, que con vara de hierro apacienta y gobierna, rompe y restaura, él mismo es el pastor, él mismo el rector, él mismo el creador, él mismo nuestro arquitecto. Te veo como un gran pastor, Señor Jesús, apacientando las ovejas, buscando a las errantes, llevando con alegría a las encontradas sobre tus hombros al rebaño: te veo como un gran arquitecto, llevando la vara, colgando de la vara, y haciendo muchos milagros con esa vara. Me asusta mucho la exposición de esta vara, amadísimos, cuando considero los lugares de las Escrituras divinas. Vara María santa, vara el mismo Cristo, vara la cruz. ¡Y cuán grandes y maravillosas cosas hizo este arquitecto con esta vara! e hizo el árbol de la cruz donde él mismo, la piedra angular, colgó, y las escaleras al cielo por las cuales elevó al hombre caído al Padre. ¡Qué milagro, hermanos, de este arquitecto, que de su vara hizo escaleras, y tales que puso su cabeza en el cielo, y por ellas él mismo subió y bajó, y para confirmación él mismo se recostó sobre ellas! Sube seguro, tú que deseas el cielo: no te asuste ni su estrechez, ni su longitud, ni su altura; no temas nada, no tambalean sus peldaños, que aquel arquitecto confirmó de tal manera que quiso que sus manos fueran clavadas en su madera. Ve estas escaleras del arquitecto, el discípulo apóstol Pablo, y demostrando, y casi numerando los peldaños y subiendo, e invitando a muchos: Doblo, dice, mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, para que os dé comprender con todos los santos cuál es la altura y la anchura, la longitud y la profundidad (Efes. III, 14 y 18). Puso cuatro peldaños de la cruz. Por lo tanto, estas escaleras no son laboriosas: tienen cuatro peldaños, y conducen al cielo. En la altura de la cruz está puesta la cabeza del crucificado: el corazón del cristiano debe estar elevado al Señor, lo que responde diariamente cuando se le pregunta; y sube un peldaño. En la anchura de la cruz están fijadas las manos del crucificado: que las manos del cristiano perseveren en buenas obras; y sube el segundo peldaño. En la longitud de la cruz colgó el cuerpo del crucificado: que alguien castigue su cuerpo con observancias, lo suspenda con ayunos, para que lo someta al servicio del alma; y sube el tercer peldaño. En la profundidad de la cruz está oculto lo que no ves, pero de ahí surge todo lo que ves: que la fe cristiana esté presente, que crea con el corazón lo que no puede comprender, que no busque cosas más altas que él, que la esperanza lo nutra; y entonces sube el cuarto peldaño.

9. Por estos peldaños subieron todos los santos, continentes, fieles casados: escaparon de las ruinas del mundo, migraron a lugares segurísimos, donde ya no temen a los bárbaros, ni temen los frágiles accidentes humanos, ni temen las corrupciones, ni sufren enfermedades, ni son afligidos por tribulaciones, ni temen ya la misma muerte, sino que viven con Dios de Dios. Esta vida, amadísimos, amemos, deseemos, anhelemos: a la cual todo el que corre, no camina por el camino de los pies, sino por el camino de las costumbres. Por lo tanto, se requieren buenas costumbres, que se encuentren en todos. Ambos sexos y todas las edades tienen en esto el ejemplo de imitación de los hombres santos. Que los ancianos imiten las costumbres de Tobías, quien, aunque ciego de cuerpo, mostraba a su hijo el camino de la vida

en el corazón. Él lo guiaba con la mano en la tierra, y el padre, aconsejándolo, lo conducía al cielo. Que los jóvenes imiten al santo José, hermoso de cuerpo, más hermoso de mente: a quien la castidad poseía de tal manera que las amenazas de la impúdica mujer de su ama no pudieron violarlo, ni en mente, ni en cuerpo, cuya mente ya poseía Dios. Que las santas vírgenes imiten a la santa madre de su Señor, María. Que las viudas imiten a la religiosa viuda Ana: que las casadas imiten a la casta Susana. La madre virgen cumplió lo que prometió: Ana la viuda mantuvo la perseverancia en oraciones y ayunos hasta el fin: Susana la casta llegó hasta el peligro de muerte por la castidad conyugal. Prestad atención, casadas, a qué tipo de imitación os propone la Escritura santa. No la alaba porque estuviera adornada exteriormente con oro, joyas o vestiduras preciosas, sino porque estaba adornada interiormente con el pudor de la castidad. A todos dio vida quien instituyó buenas costumbres. Por eso mismo el hombre se dignó nacer de una mujer, porque por él ambos sexos fueron liberados. Hemos dicho mucho, habéis escuchado atentamente, habéis comido con mucho gusto las delicias del Señor: devolved el favor a vuestro servidor, para que si no es con palabras, al menos sea alimentado con vuestras oraciones.